

Centro de Estudios “La Cañada”

Taller de Economía 2026

EL DIAGNÓSTICO EN LA DIMENSIÓN ECONÓMICA

Reunión 1ª : Importancia del diagnóstico previo

Índice

1.- El papel del diagnóstico

1.1.- El diagnóstico y las formas de pensamiento

1.2.- La ideología como reemplazo del diagnóstico

1.3.- El subjetivismo como práctica científica

1.4.- El subjetivismo como práctica política

2.- Nuestra alternativa. El diagnóstico objetivo

2.1.- El análisis objetivo en la dimensión económica

2.2.- Procesos y decisiones en ciencias sociales

2.2.1.- Los procesos y sus cambios

2.2.2.- Las decisiones y sus cambios

2.2.3.- Procesos y decisiones en la academia y en la política

2.2.4.- Ubicación de procesos y decisiones

2.2.4.1.- El análisis objetivo de las decisiones

2.2.4.2.- El análisis objetivo de los procesos

1.- El papel del diagnóstico

Analizaremos, de manera sucesiva, la relación entre el diagnóstico y las formas de pensamiento, la ideología como reemplazo del diagnóstico, y el subjetivismo como práctica científica y como práctica política.

1.1.- El diagnóstico y las formas de pensamiento

En el 2025 hemos revisado, porque resulta posible una metodología alternativa para la elaboración de un programa político, con énfasis en la dimensión económica. Hemos analizado la necesidad de un diagnóstico previo basado en criterios objetivos. Ese diagnóstico deberá ofrecernos criterios acerca de las políticas a desarrollar, tanto respecto a las decisiones compensatorias de política económica en materia de crecimiento y distribución, como a definir los criterios políticos ante los procesos.

El caso de las políticas compensatorias es el equivalente a las recomendaciones de política económica convencional, pero radicalmente diferente. Aquellas se basan en criterios de polarización a partir de un pensamiento subjetivo, y nuestra alternativa, en un diagnóstico objetivo.

Un ejemplo concreto resulta de la polarización existente alrededor de las políticas de crecimiento económico donde se contraponen criterios basados en potenciar las inversiones versus potenciar el consumo, y ambos fundamentados en el erróneo criterio mecanicista de las relaciones causales. Por el contrario, un análisis objetivo indica la existencia de una relación retroalimentada entre consumo e inversión. De esta visión surge la necesidad de realizar políticas coordinadas sobre ambas variables, de manera simultánea.

Son criterios alternativos para compensar los efectos regresivos de la formación social existente. Y también la materia prima básica para adoptar criterios políticos frente a procesos en permanente cambio, a fin de fortalecer aquellos reputados como un avance de la sociedad y bloquear o quebrar los considerados regresivos.

Allí aparece la necesidad de una ideología para discriminar entre avances y retrocesos. Una ideología, concebida como una interpretación de la evolución de la humanidad, y elaborada a partir de un análisis objetivo de los procesos históricos de muy largo plazo.

Plantear la necesidad de un análisis objetivo implica suponer la existencia de formas de construcción del pensamiento, previas y determinantes de la formación ideológica. Ésta surgirá de manera diferenciada según la visión adoptada resulte objetiva o subjetiva, es decir si la realidad existe o no por fuera de nuestro pensamiento. Si la metodología de análisis tiende hacia la objetividad será una visión progresista. Por el contrario, si resulta subjetiva, de manera inevitable, será regresiva.

El problema radica en la presión cultural (formación familiar, ciclos educativos desde el jardín de infantes hasta los cursos académicos de posgrado, medios de comunicación y audiovisuales masivos, publicidad, etc.). Ese contexto, históricamente se ha orientado, de manera prioritaria, hacia la promoción del pensamiento subjetivo, afectando y deformando a todos los grupos ideológicos.

Llega al punto de generar contradicciones flagrantes. Quienes dicen defender el pensamiento progresista (populismo, social - demócratas, socialismo de estado, izquierda, etc.), ***aplican en su práctica política un subjetivismo extremo y compulsivo.***

Bajo esa forma de pensamiento, los ***graves errores cometidos, fueron inevitables***. Pueden explicar el derrumbe de la Unión Soviética, y el actual corrimiento político ma-

sivo, no ya desde la centro-izquierda hacia la centro-derecha, sino hacia las versiones más extremas de la derecha. Aunque fueron y son temas centrales en política, ¡oh casualidad!, las corrientes más afectadas por ese fenómeno, nunca quisieron debatirlo.

De las políticas basadas en el subjetivismo, surgen visiones deformantes pues aplican sus consecuencias más notorias: simplificación y voluntarismo. P. ej., definen un periodo político considerado óptimo, y en lugar de ubicarlo históricamente, lo consideran épico por definición. Y todas las acciones políticas se diseñan en función de retornar a aquellas condiciones.

De hecho, están suponiendo a la sociedad como una plastilina moldeable a voluntad. Un absurdo desde la perspectiva del pensamiento objetivo que supone la existencia de proceso *autónomos e irreversibles* en la sociedad.

Otra variante de ese subjetivismo resulta de fijar como meta, una supuesta alternativa de formación social. Pero no, a partir de un análisis de los procesos objetivos, sino surgida de nuestra imaginación. Son las clásicas utopías, y terminan coincidiendo con la pretensión de volver a condiciones épicas, pues consideran a la sociedad de manera simplificada y moldeable a voluntad.

1.2.- La ideología como reemplazo del diagnóstico

No solo aplican simplificación y voluntarismo sino también, esa ideología, de hecho, está reemplazando el diagnóstico. El diagnóstico, es el análisis concreto de la realidad concreta, y su *importancia política* deriva, no solo de resultar el soporte objetivo de las propuestas políticas, tanto las compensatorias como de las actitudes frente a los procesos, sino también por resultar sistemáticamente ignorado por la práctica de la mayoría de los grupos políticos e ideológicos de todo el planeta, y generada por la influencia cultural del subjetivismo. Todo el contexto cultural está al servicio de la reproducción de esa forma de pensamiento.

El diagnóstico es reemplazado por una realidad imaginaria. O bien de un pasado considerado épico, o bien de un futuro utópico. Esto lleva, de manera inexorable, a cometer errores de tal magnitud, que lo convierten en un tema político central, no solo por esa falencia sino también porque su debate resulta sistemáticamente eludido.

Pero el diagnóstico no solo es ignorado por la política. Para la academia, las ciencias de la sociedad, en lugar de ser considerada un equivalente científico a la indagación en ciencias de la naturaleza, y soporte teórico y empírico de las decisiones políticas, es reducida a mera materia opinable.

Tomemos un caso concreto. El estudiante de una carrera de Economía, bajo lineamientos ortodoxos u heterodoxos, puede recibir su título sin haber leído en la bibliografía recomendada, ni escuchado de sus docentes, la palabra “diagnóstico” o término equivalente.

El mensaje implícito resulta muy claro y definido, “la realidad, deberá calzar con el esquema teórico”. Nunca a la inversa. El error jamás podría residir en una teoría derivada de “mi” ideología. Su consecuencia, los disparates de la política, están a la vista.

Si la ausencia de diagnóstico solo fuese un problema de ignorancia, sería fácilmente solucionable mediante planes de estudio adecuados. Pero el problema es mucho, muchísimo más grave. No es solo desconocimiento, también el entorno cultural genera un rechazo visceral al diagnóstico previo. Y en muchos (demasiados) casos, es interpretado

como un llamado divino a combatir ferozmente a quienes pudieran llegar a plantearlo. “Batalla cultural”, que le dicen.

1.3.- El subjetivismo como práctica científica

Sin embargo, siempre existe, aunque de modo implícito, un diagnóstico. El problema radica en que su ausencia es cubierta por la intuición. Una intuición moldeada por el contexto cultural. Y se presenta bajo diferentes formatos. El más generalizado: “verdades evidentes por sí mismas”. No necesita demostración alguna, por ende, irrefutables. P. ej., “la inflación es un fenómeno puramente monetario”

Son “verdades” basadas en ideologías, generalmente anclada en algún pasado considerado épico o en la construcción de un futuro utópico. Ambos surgidos de la mente y no del análisis de los procesos. También suele presentarse como una “verdad matemática” que solo un necio podría rechazar.

Pero se trata de una estafa intelectual, pues se basan en una matemática representativa de movimientos incompatibles con las especificidades de la materia social, en particular los efectos de las decisiones de corto plazo en el mediano y largo plazo y de los movimientos autónomos en el largo y muy largo plazo.

Es el cálculo diferencial e integral, representativo de movimientos causales, secuenciales, reversibles, flexibles, infinitesimales, de trayectoria infinita, al azar y estáticos. Nunca podría representar los movimientos producidos por las decisiones en el mediano plazo y los movimientos autónomos en el largo y muy largo plazo cuyos caracteres resultan el versus de aquellos: retroalimentados, simultáneos, irreversibles, acumulativos, discretos, de trayectoria acotada por rupturas, con orientación definida, y dinámicos.

Y esa ideología basada, o en un pasado épico, o en un futuro utópico, o de raíz matemática, no solo reemplaza el diagnóstico, También nos dirá que debe hacerse frente a cada problema. De allí a utilizarla para justificar políticas regresivas hay un solo paso. Políticas regresivas del neoliberalismo y políticas regresivas de un “socialismo” de opereta. Un caso concreto: la colectivización forzada del agro en la ex – URSS concretada por Stalin, cuando Lenin a quien vanagloriaban, había postulado, clara y definitivamente, lo contrario.

1.4.- El subjetivismo como práctica política

El diagnóstico no solo detenta importancia científica, sino también política. Y deriva de su ignorancia activa por parte de las corrientes mayoritarias en los ámbitos políticos y académicos, pues explicaría los sistemáticos y graves errores cometidos, y los dejaría en ridículo.

Esa omisión respecto al diagnóstico es ejercida cuando se reemplaza el diagnóstico por una ideología anclada en un pasado épico, en un futuro utópico o por una matemática supuestamente representativa de movimientos universales de la materia social. Es el producto de la influencia del contexto cultural induciendo a guiarse por la intuición. Una intuición, generada por la mente humana y formateada por la trama cultural en la que estamos inmersos.

Aunque la mente humana es muy poderosa y abarca desde menos a más infinito ($-\infty$ a $+\infty$), el individuo, al no disponer de una advertencia previa acerca de sus eventuales trampas (p. ej., la creación de universos utópicos), cae ***demasiado fácilmente*** en ellas. Justamente, el más grave error político de los sectores progresistas ha sido, el de nunca

haber siquiera intentado, como tarea política, generar en la sociedad, los “anticuerpos” necesarios para evitar el aventurerismo.

Mas grave aún, lo incentivaron. Su práctica concreta resulta de un subjetivismo extremo y compulsivo y conlleva un mensaje implícito. Confirman la forma de pensamiento difundida por el aparato cultural, como la única alternativa para llegar a la “verdad”. Un campo donde, justamente, los sectores regresivos son “campeones olímpicos”. El progresismo está jugando un partido perdido antes de comenzar.

Y aquí aparece la principal dificultad para encarar un diagnóstico. Todo el contexto cultural empuja hacia una percepción de la realidad en sentido subjetivo, un criterio diametralmente opuesto al que estamos planteando.

Esa percepción es una hipótesis acerca de una realidad donde todos sus movimientos se concretan sólo a partir de decisiones humanas. La existencia de procesos autónomos independientes de la voluntad y la conciencia humana es un imposible absoluto.

Pero no solo una presión cultural permanente para dar explicaciones en sentido subjetivo, sino también aceptadas de manera pasiva, debido a la influencia cultural sobre el conjunto de la sociedad. Y actualmente agravado. La presión cultural ejercida por vía de las “pantallas”, conduce a una práctica subjetivista ***extrema y compulsiva***, tanto en política como en su sustento, es decir, en ciencias de la sociedad.

Pero el problema va más allá. Muchísimo más allá. La práctica compulsiva del subjetivismo ha llevado a afirmar la imposibilidad absoluta de una visión objetiva de la realidad, por una especie de limitación de la naturaleza humana.

Pruebas al canto. Un intelectual progresista de primera línea como Martín Caparros expresa: ***La objetividad no existe:** cuando alguien —incluso una máquina— relata algo sólo puede hacerlo empleando su saber y sus ideas del mundo —su subjetividad— para decidir qué mostrar. Nos enseñaron a pensar que subjetividad es una mala palabra, un sinónimo de engaño. No lo es; es la única forma en que un sujeto narrador puede narrar algo: poniendo el énfasis en lo que le parece más significativo, más útil para contar su historia.* (El País, 15-11-2025).

Aunque se está refiriendo al periodismo, donde ciertamente tienden a mezclarse la información con la ideología de quien emite la noticia, de hecho, está planteando la imposibilidad de ejercer la objetividad, por una especie de limitación absoluta de la naturaleza humana.

Si así fuese, la objetividad quedaría definitivamente descartada como metodología de investigación en materia de ciencias de la sociedad, convirtiendo al universo de las ciencias sociales en una materia “opinable”. Y como tal, no solo resulta válida cualquier opinión, sino también absuelve de ofrecer fundamento alguno. El campo queda liberado para afirmar cualquier barbaridad.

Sin duda alguna, la primacía de la subjetividad resulta dominante en el campo cultural y político. Y visible cuando en política se debate bajo criterios de un subjetivismo extremo y compulsivo. La puja entre posiciones políticas enfrentadas se realiza bajo los mismos cánones de la discusión sobre un resultado deportivo entre fanáticos de equipos tradicionalmente rivales.

Pero de allí, a llevar la objetividad a una especie de limitación de la naturaleza humana, implica la imposibilidad absoluta de aplicar métodos objetivos en la investigación científica en materia de ciencias sociales.

No es casual qué, bajo ese tipo de criterio, todas las acciones políticas, que deberían basarse en el conocimiento objetivo de la sociedad, se enfoquen solo desde lo emocional. Y esto no solo es un error, también justifica decir cualquier barbaridad bajo el manto de “mi posición” y sin necesidad de ofrecer fundamento alguno. Y para colmo, quienes lo practican, creen que, con sólo eso, ya han tocado el “cielo de la política” con las manos.

Como continúa esto, lo conocemos todos. Cuando el contendor, que ha fundamentado su planteo en el debate político, pide al autor de “mi posición”, hacer lo mismo, éste elude la cuestión de fondo mediante una moción de orden: cerrar la lista de oradores y se pase a votación. Y los debates de fondo en la política quedan para las “calendas griegas”.

Nunca se someten a debate los fundamentos de la acción política y se termina aplicando un subjetivismo compulsivo llevando, no solo a cometer gruesos errores. El progresismo, de manera inevitable siempre perderá la puja cuando debate sobre un terreno donde la extrema derecha, justamente por su ideología, han demostrado históricamente, moverse “como pez en el agua”.

La gravedad del problema no radica sólo en esa práctica política, sino en su aceptación generalizada por una sociedad, afectada por ese mismo contexto cultural. Si un intelectual del calibre de Caparros es afectado por ese esquema, cuando a partir de una deformación del periodismo, generaliza una imposibilidad absoluta de la objetividad, que se puede esperar del resto.

El problema no es solo el usufructo de estas condiciones por los líderes de una cultura regresiva, sino de la sociedad aceptando esto y de buen grado. Pruebas al canto. Cualquier propuesta, bajo el marbete de “mi posición”, sin ofrecer fundamento alguno, se considera de valor equivalente a otra, diametralmente opuesta, pero fundamentada. Y ambas mutuamente neutralizables.

Se cataloga ambas como meras “opiniones”, aun cuando una de ellas, está fundamentado y la otra, resulta una mera consigna, por lo general, armada en base a un significativo vacío, alguna afirmación improbable, o a partir de una historia contra-fáctica. Esto supone considerar al universo de las ciencias de la sociedad, como un área de conocimiento opinable, por ende, una “ciencia” de rango inferior respecto a las ciencias de la naturaleza.

Toda afirmación política se basa, de manera formal o informal, de manera explícita o implícita, en algún aspecto de las ciencias sociales. Sin embargo, la práctica habitual en ese campo, consiste en “demostrar” cualquier afirmación, con sólo manipular terminologías y cifras. Por ello no resulta tan descabellado, que los planteos políticos, aun aquellos fundamentados, resulten considerados, como, meras “opiniones”.

Pero utilizar estas condiciones para “demostrar” la imposibilidad de la objetividad debido a una supuesta limitación de la naturaleza humana, termina siendo parte de la retroalimentación del aparato cultural. Y lo más grave, sistemáticamente repetida y practicada por quienes se proclaman líderes de una cultura progresista. Un verdadero suicidio político.

Lamentablemente, las manipulaciones en las investigaciones en materia de ciencias de la sociedad resultan la práctica habitual, tanto por la academia como por la política.

De hecho, consideran al campo de ciencias de la sociedad, como de una categoría muy inferior respecto a las ciencias de la naturaleza, por tanto, quedan habilitados para “demostrar” cualquier cosa que se les ocurra. Y en ambas, academia y política, esa manipulación se justifica, o por vía de la prevalencia de la voluntad, o por la necesidad de simplificar, o ambas a la vez, derivadas del subjetivismo reinante.

Para no dejar dudas respecto del significado del voluntarismo en política, quien fundamentó de manera explícita la voluntad como base de la acción política, fue un personaje llamado Adolf Hitler. (Confirmar en:

https://www.youtube.com/watch?v=9PClcUxNc_M&list=PLzt2AtVjVoqujoBFWNI-DWGRkfJmFYSoHE

Sobre la importancia de los criterios intuitivos y simplificadores en la economía académica actual, resultan muy claras las declaraciones de Eduardo Ganapolski, docente en las universidades UCEMA y Di Tella (templos mayores de la economía neoliberal en Argentina) quien afirma: “la economía es intuición” y “hay que simplificar los problemas” (El Cronista (20/09/2025) <https://www.cronista.com/podcast/entrevista-a-eduardo-ganapolsky-la-importancia-de-estudiar-duro-y-de-intuir-la-economia/>

Bajo esos criterios, resulta inevitable percibir la realidad, sus problemas y actuar sobre ellos, a partir de intuiciones. Y para ello aplican la diada “problema-solución”. Si existe un problema, debería, *necesariamente*, existir una solución específica. Solo basta encontrar al genio oportuno. Un verdadero “caldo de cultivo” para el aventurerismo de los “outsiders” de la política.

No solo descartan el acceso a una problemática por vía de un análisis objetivo. También eluden la posibilidad de la existencia de problemas no solucionables mediante prácticas convencionales, debido a haber ya atravesado, puntos de no retorno, tal como ya comienza a percibirse en la dimensión ambiental.

Y por la conjunción de simplificación y voluntarismo, esa “solución” será siempre, unidimensional. Una dimensión a la que se otorga el carácter de prioritaria. Puede ser económica, institucional, social, ambiental, de género, ética, etc. Pero siempre única, como principal o excluyente.

Las “soluciones” instrumentadas en esa dimensión privilegiada, tendrían la capacidad de resolver, no solo el problema al cual van dirigidas, sino también cualquier otro problema existente en cualquier otra dimensión. (“Con la democracia se come, se cura, se enseña”).

En ese sentido, las corrientes políticas y académicas mayoritarias han privilegiado el economicismo, y para colmo, solo con un horizonte cortoplacista, llevando el debate y las acciones concretas al campo del absurdo.

Dada la generalización de estas prácticas, la objetividad como base de científicidad en el análisis de ciencias sociales, a fin de dar sustento firme a las políticas, es descartado de plano por una suerte de imposibilidad absoluta de la naturaleza humana.

Esto convierte al esfuerzo de fundamentar las propuestas políticas en algo totalmente inútil. Y la política se ocupa de cuestiones tales como la distribución del poder entre los diversos grupos, y similares. Luego vienen los errores, crisis partidarias y quiebres, pero de manera coherente con el subjetivismo reinante, serán adjudicados a la maldad congénita de los “otros”.

Estas condiciones culturales tienen efectos que van mucho más allá de considerar a las ciencias de la sociedad como de “segunda clase”. Aunque desde el siglo XVIII, existe una aceptación generalizada de la existencia de procesos y la necesidad de su análisis objetivo en materia de ciencias de la naturaleza, en ciencias de la sociedad, lo emocional ha jugado un papel central. Y ahora ubicada en su cenit

Y es tan fuerte que incluso en materia de ciencias de la naturaleza está comenzando a socavar la práctica de la objetividad. Esto resulta visible a través de la difusión del negacionismo de la ciencia: terraplanismo, antivacunas, bisexualidad, ambiente cíclico, etc.

Incluso algunos llegan a adoptar el subjetivismo como “la metodología científica” en materia de ciencias de la sociedad. Suponen en ese ámbito, la ciencia debería basarse en una metodología diametralmente opuesta a la practicada por la investigación en ciencias naturales. Una afirmación “intuitiva”, sin fundamento alguno.

Si la base de análisis en el ámbito de las ciencias de la naturaleza, es el conocimiento de los procesos objetivos, en ciencias de la sociedad, deberían ser los deseos y las decisiones para alcanzarlos. De esa manera es posible acceder a cualquier objetivo surgido de nuestra mente, Sólo es necesario voluntad y firmeza. Procesos poniendo límites a esto, no existen ni pueden llegar a existir.

Esto no significa quitar importancia a los criterios subjetivos. Resultan centrales en el análisis de temáticas específicas tales como la psicología individual, ética, estética, relaciones interpersonales, religión, etc. Sin embargo, aplicarlos en materia de ciencias de la sociedad, y desde allí, fundamentar la política, resulta suicida pues conduce, de manera inexorable, a los graves y sistemáticos errores cometidos por las corrientes políticas mayoritarias.

Bajo un enfoque subjetivista, en ciencias de la sociedad, los cambios en la realidad solo están sujetos a decisiones “buenas” o “malas”, a las que se coloca el marbete impuesto por la polarización ideológica “de turno”. Nunca podrían estar sujeta a procesos autónomos, es decir, aquellos producidos por fuera de la conciencia y la voluntad de la humanidad, Estos no existen ni pueden llegar a existir. Quizás deberían agregar: “ y no me conviene que existan” porque admitirlo, derrumbaría todo su edificio.

2.- Nuestra alternativa. El diagnóstico objetivo

Si el enfoque de un diagnóstico previo bajo una visión objetiva, es el correcto, seguir adelante bajo esa perspectiva, implica *intentar* realizar ese diagnóstico, y sobre esa base, diseñar políticas compensatorias y políticas para promover, neutralizar, o quebrar procesos.

Un diagnóstico de la sociedad debería abarcar, de manera simultánea, todas las dimensiones, sus entrelazamientos y horizontes. Como eso es imposible en términos de un trabajo individual, intentaremos, a manera ejemplificativa, hacerlo en la dimensión económica, por resultar la más accesible dada la práctica exigida por el modo de producción prevaleciente.

Un diagnóstico de la dimensión económica debería cubrir condiciones nacionales e internacionales. Y debería ofrecer como resultado, tanto las tendencias de los procesos, como las políticas compensatorias a realiza. Y de esta última, objetivos e instrumentos con su respectiva valoración de alcances y limitaciones.

Un punto que consideramos crucial, dada la prevalencia de la subjetividad. Un diagnóstico, debe asumir los condicionamientos a las decisiones, a fin de buscar alternativas de superación. Si suponemos inexistentes esas restricciones nunca podríamos encontrar las opciones. Y esto solo es posible mediante el anclaje del pensamiento a la realidad y no al espejismo de las imágenes creadas por el sistema cultural.

2.1.- El análisis objetivo de la dimensión económica

Nuestro punto de partida es la posibilidad de realizar un análisis objetivo de los procesos de la sociedad, equivalente (no igual) al análisis de los procesos de la naturaleza cuyo resultado se traduce en una mejor comprensión de los fenómenos, la posibilidad de anticiparnos a su ocurrencia y generar una tecnología para usufructuar e incluso llegar a modificar esos procesos.

Sin embargo, no debemos trasladar de manera mecánica esa metodología al campo de las ciencias sociales (economía, sociología, psicología social, antropología, etc.). Entre los procesos de la naturaleza y de la sociedad, existen coincidencias y diferencias. La coincidencia radica en la existencia en ambos, de procesos autónomos en su base material, es decir, independientes de la voluntad y conciencia humana. La diferencia radica en el formato de esos procesos: universales y repetitivos en el ámbito de la naturaleza, y a ubicar históricamente en el ámbito de la sociedad.

Otra diferencia radica en la existencia generalizada en materia de ciencias sociales (y por ahora muy limitada en ciencias de la naturaleza) de las decisiones humanas. Sobre todo, bajo el modo capitalista. Son decisiones, tendientes a compensar los problemas provocados por su funcionamiento del modo de producción vigente, dado que promueve el crecimiento pero a partir de una distribución regresiva del ingreso.

Esta presencia relevante de las decisiones en materia de ciencias sociales, combinada con la prevalencia de una visión subjetiva, ha llevado el análisis de las ciencias sociales realizado por las corrientes mayoritarias en los ámbitos políticos y académicos a ocuparse solo de las decisiones. Y ratificada por un rechazo visceral (combate incluido) a la existencia de procesos.

Un análisis objetivo de la sociedad implica trabajar bajo la hipótesis de la existencia de procesos y decisiones y su retroalimentación permanente. Por ello, un análisis objetivo implica la hipótesis de la existencia no solo de decisiones sino también de incluir la investigación de procesos autónomos, es decir los movimientos producidos por la propia lógica del sistema vigente, al margen de la voluntad y la conciencia humana. Y de importancia vital pues históricamente ha modificado radicalmente la sociedad,

2.2.- Procesos y decisiones en las ciencias sociales

Las ciencias sociales convencionales, practicadas por la política y la academia, niega los procesos y prioriza de manera exclusiva el análisis de las decisiones. Por nuestra parte, intentamos priorizar los procesos, pero reconociendo la necesidad de incluir las decisiones. Veamos la ubicación de ambas en un análisis objetivo.

En materia de ciencias de la naturaleza, existe un predominio neto de los procesos por sobre las decisiones. En base a los avances tecnológicos basados en la ciencia física, ha sido posible, hasta ahora, sólo su predicción, a fin de limitar sus efectos negativos y usufructuar de los positivos (fuentes energía de la naturaleza, especificidades de la naturaleza para la comunicación, propiedades de la materia inorgánica, uso de la gravitación universal para viajes espaciales, digitalización de la información, etc.), pero aún no

ha sido posible modificar esos procesos (relación tempo-espacial, clima, gravitación, etc.).

Sin embargo, en materia de ciencias biológicas, un capítulo importante de las ciencias de la naturaleza, las decisiones ya han comenzado a modificar los procesos. Son casos tales como la manipulación del ADN, eliminar enfermedades, transformar enfermedades terminales en crónicas, etc.

En materia de ciencias de la sociedad, las decisiones aparecen, en términos históricos, no como un intento de reorientar los procesos sino para usufructuar de ellos en beneficio de una región o de un grupo social. Un definido ejemplo resulta de la concepción mercantilista entre los siglos XVI a XIX, donde la acumulación de riqueza sólo era posible a través de un comercio excluyente y desigual con territorios conquistados por medio de la fuerza.

Así justificaron ocupar territorios a “sangre y fuego”, en América, Asia y África, a fin de crear colonias cuyo objetivo central, fue la de explotar sus recursos naturales y exportarlos, de manera excluyente, a la respectiva metrópoli y a los precios fijados por ésta. Los procesos posteriores de independización de esas colonias, solo lograron superar el destino único.

Luego, ya en la primera mitad del siglo XX, las crisis y guerras mundiales, los avances en la tecnología y los cambios en la conciencia social, mutuamente retroalimentados, *imponen* la ampliación en gran escala del campo de las decisiones, orientadas a superar los problemas creados por esos nuevos fenómenos, provocando una ruptura de los criterios previos relacionados a los fenómenos sociales.

La ruptura más importante fue la del criterio liberal del siglo XIX, consistente en establecer un estado, pero en su faceta económica, una intervención lo más limitada posible, a fin de no afectar la libertad en las decisiones de los agentes económicos (productores y consumidores). Este lineamiento fue denominado “estado mínimo”, o “estado gendarme”.

El quiebre de ese concepto fue debido a la necesidad de elevar en gran escala el gasto público para armar ejércitos y paliar situaciones derivadas de guerras generalizadas (reconstrucción de edificios e infraestructura, y atención de huérfanos y discapacitados); la necesidad de intervenir en las problemáticas sociales generadas por el sistema capitalista (indigencia, desempleo, enfermedades sociales, etc.); invertir y administrar la nueva tecnología de infraestructura (energía, transporte y comunicaciones); y cambios profundos en la conciencia social alrededor de la necesidad de educación y salud pública. Desde la concepción del “estado mínimo” se pasó a la de un “estado de bienestar”.

2.2.1.- Los procesos y sus cambios

Pero no solo retroalimentación de procesos y decisiones. Las políticas coloniales, generaron un proceso de acumulación de riqueza de tal magnitud, que hizo posible las transformaciones a formatos capitalistas en los territorios de las ex - metrópolis y formas sesgadas de ese capitalismo, en las ex – colonias. Éstas, fueron deformaciones provocadas por la dependencia económica, pero no ya de la metrópoli sino por estar sometidas a las reglas del capitalismo internacional, luego de salir de su status institucional de colonia.

Aún bajo formatos institucionales de independencia política, la mayoría de las ex – colonias no pudieron zafar del esquema básico del periodo colonial: la explotación de recursos naturales bajo la forma de enclaves y su exportación. Solo pudieron llegar a

reemplazar la exclusividad de la metrópolis como mercado único, por el acceso al mercado internacional. Pero sin conciencia acerca de los efectos futuros de la manipulación de esos mercados mundiales por la potencia económica de turno.

Alguien podría argumentar en esto la presencia de un falso problema, pues bajo aquellas condiciones, zafar del esquema de la economía colonial era una utopía. El caso de Estados Unidos, y sus políticas a lo largo de todo el siglo XIX, orientando su capacidad económica a zafar de ese esquema, y sin duda, logrado mediante sus políticas de industrialización, demuestran lo contrario.

Y los procesos tuvieron una gran importancia histórica. No solo marcaron a fuego la coyuntura económica. Fueron procesos modificatorios de la formación básica de la sociedad. Desde la Antigüedad, las condiciones tecnológicas hicieron posible las sucesivas formaciones sociales. Los antiguos imperios en base a la agricultura, construcción, caminos, manejo del agua, y metalurgia. El feudalismo, por el desarrollo de herramientas y el uso de energía eólica e hidráulica, utilizadas por los artesanos para elaborar bienes de uso.

Luego, bajo el capitalismo, la máquina herramienta fue el instrumento central para la producción en masa de bienes de cambio. Esas máquinas, primero movidas por energía hidráulica. Luego y de manera sucesiva por medio de motores a vapor, a explosión y eléctricos, y todos alimentados por combustibles fósiles, hicieron posible una cada vez, mayor ubicuidad y generalización de la industria.

Estos cambios en el proceso productivo, retroalimentados con la evolución de la conciencia social generaron cambios institucionales muy profundos. En el caso del paso del feudalismo al capitalismo, de un trabajador rural y urbano unido de por vida al señor feudal o al artesano, al trabajador libre para ofrecer en el mercado su fuerza de trabajo por un salario; de reinos con poder omnímodo a repúblicas con equilibrio de poderes; de colonias a repúblicas independientes.

Por eso, si pretendemos pasar del análisis convencional, economicista y cortoplacista, al de una realidad multidimensional, con horizontes de corto, mediano, largo y muy largo plazo, deberíamos comenzar por incluir los procesos en el análisis. Y en dosis cada vez mayores, respecto a las decisiones, a medida que extendemos el horizonte temporal bajo estudio.

Pero esto choca con el contexto cultural negando la existencia de procesos. Y se expresa en un largo plazo totalmente segado de la conciencia social. Justamente, uno de los elementos centrales de diferenciación de la cultura occidental respecto a la cultura oriental donde el muy largo plazo está siempre presente. ¿Podría esto llegar a explicar quién está ganando la sorda puja económica, tecnológica y militar entre ambas?

2.2.2.- Las decisiones y sus cambios

El capitalismo trajo consigo no solo crecimiento en gran escala sino también crisis económicas, expresadas bajo diferentes formatos: financieros, sobreproducción, subconsumo, etc. Incluso guerras mundiales.

Esas crisis culminan con el “martes negro” de Nueva York en octubre de 1929, y contiendas armadas globales (primera y segunda guerra mundial). Esas condiciones y otras, tales como la tecnología y la conciencia social, generaron cambios en el proceso del capitalismo, y por ende, en las decisiones.

Allí apareció la importancia de las decisiones del estado frente a las problemáticas de la coyuntura mundial generada por los procesos. Y fueron de tal magnitud que marcaron a fuego todo el debate posterior en materia de ciencias de la sociedad y de la economía en particular. Hoy, no solo en Argentina sino también a nivel mundial, en relación a la problemática en la dimensión económica, solo se debaten las decisiones gubernamentales en materia de política económica, a través del esquema regulación-desregulación, es decir, el grado de intervención del estado en la economía.

Los procesos y sus aspectos estructurales (población, su nivel de formación y situación social; infraestructura; matriz energética, tecnología, capacidad de producción, estructura productiva regional y sectorial, grado de integración interna y con la economía mundial, flujo internacional de capitales, etc.) han sido sistemáticamente ignorados, tanto por la academia como por la política.

2.2.3.- Procesos y decisiones en la academia y en la política

Aunque en el análisis de la sociedad debemos tener en cuenta procesos y decisiones, tanto la academia como la política, descartan de plano la existencia de procesos, solo posibles de ser puestos en evidencia bajo una mirada de largo plazo. La negación concomitante de procesos y del largo plazo, conlleva, por defecto, considerar sólo el corto plazo donde predominan las decisiones. No es casual predomine, en el debate habitual de las corrientes mayoritarias, tanto políticas como académicas, la dimensión económica (economicismo) y con horizontes inmediato (cortoplacismo).

Y en esto se destacan las corrientes académicas alimentadoras del neoliberalismo y el anarco-capitalismo. Esa visión economicista (solo crecimiento económico), conlleva prioridad o exclusión respecto a cualquier otra dimensión existente. Por lo tanto, niegan de plano los brutales efectos negativos generados por el capitalismo en todas las dimensiones.

En la dimensión social, pobreza y desocupación; en la ambiental, contaminación y efecto invernadero; en género, exclusión femenina; en la institucional, autocracias; en la ética, corrupción; en la biológica, pandemias. [El lector puede completar este listado “a piacere”]. Son los principales problemas enfrentados hoy por la sociedad. Ya sea, o por afirmación, o por negación de su existencia.

Adoptar medidas a partir de una visión economicista y de corto plazo, y que funcionen, implican compatibilidad con las deformaciones estructurales existentes. De otra manera no podrían detentar efecto alguno. Esa coherencia con las anomalías hacen posible que en el mediano y largo plazo, esas decisiones, consoliden y profundicen las distorsiones preexistentes.

Pero bajo esos criterios, si las condiciones socio-económicas mejoran o empeoran, son el resultado de las “buenas” o “malas” políticas implementadas en el *periodo inmediato anterior*. Es decir, decisiones con efectos de corto plazo. Los procesos autónomos en el mediano, largo y muy largo plazo, no son, ni pueden ser, objeto de análisis.

Respecto a adoptar las decisiones como enfoque central en la política económica neoliberal, ver “La economía como proceso decisorio. Mi versión” de J.C. de Pablo en: <https://ucema.edu.ar/publicaciones/download/documentos/267.pdf>

No se trata sólo de un mero error metodológico. Es utilizado de manera consciente para manipular la opinión pública, usufructuando del subjetivismo reinante generado por el contexto cultural, y haciendo posible su aceptación de manera pasiva y generalizada.

Por su parte, el populismo coloca como objetivo central, criticar las decisiones de la política económica neoliberal. Como ésta, sólo está planteada como decisiones economicistas y de corto plazo, tanto la crítica como las alternativas propuestas quedan prisioneras de esa misma dimensión y de ese mismo horizonte y solo se refieren a las decisiones y a sus efectos de corto plazo.

Esto puede ayudar a explicar el apoyo electoral masivo en secuencia sucesiva a políticas económicas, aunque de manera aparente, diametralmente opuestas (regulacionismo versus desregulacionismo), pero siempre bajo formatos economicistas y con horizontes de corto plazo, donde sólo se evalúan los “éxitos” y “fracasos” en ese lapso. Y como en la mayoría de los casos son fracasos, mueven el péndulo político en sentido contrario.

Y ese efecto pendular agrava las condiciones. Los abruptos cambios de orientación en gobiernos sucesivos de la periferia (en América Latina: Brasil, Argentina, Chile, Ecuador, Bolivia) y en países centrales (el caso de Estados Unidos como sintomático al respecto), confirman este aserto.

Ignorar la existencia de procesos autónomos en la sociedad, resulta una estrategia central tanto en el ámbito de la política como en el de la academia. Mas aún, bajo estas condiciones culturales, el estudio de los procesos en la sociedad, no solo son ignorados. Se realiza una verdadera cruzada cultural contra quienes pretendan plantearlo.

Y esa ignorancia y la batalla por imponerla, resulta la única explicación posible de los sistemáticos errores cometidos en las políticas socio-económicas implementadas a diario. No solo fracasan de manera sistemática, sino también, aun con resultados positivos inmediatos, en el mediano y largo plazo contribuyen a profundizar los problemas.

Es el caso de las políticas de estabilización. Logran “la paz de los cementerios” pues estabilizan, pero inhibiendo el crecimiento y la distribución progresiva del ingreso. En el caso de políticas contra la pobreza solo han logrado incrementar la polarización en la distribución del ingreso, etc.

Al ignorar los criterios objetivos pasan a prevalecer los de corte subjetivo. Para las corrientes políticas mayoritarias, los errores no son tales, sino producto de la maldad congénita de los “otros”. Y sin diferencia alguna con las sequias y pestes, atribuidas a la maldad de las brujas.

El problema radica en el rechazo, por la academia y la política, de manera explícita o implícita, de la posibilidad de un análisis objetivo en materia de ciencias de la sociedad, equivalente al existente (y socialmente aceptada) en materia de ciencias de la naturaleza. Y es producto de la negación de la existencia de procesos autónomos, cuyo análisis resulta posible mediante el examen de la base material, ubicada históricamente.

A lo sumo, la academia intenta una supuesta copia del análisis en ciencias de la naturaleza. Intenta “verificar” sus afirmaciones mediante correlaciones a fin de demostrar la existencia de relaciones causales entre variables. Ni siquiera tratan de evitar la existencia de correlaciones espurias. Ese esquema supone efectos unidireccionales y atemporales cuando en la realidad son retroalimentados y diferenciales según el horizonte bajo análisis.

2.2.4.- Ubicación de procesos y decisiones

En materia de ciencias de la sociedad, bajo criterios de objetividad, deben ser analizados tanto procesos como decisiones. La preeminencia de uno u otro, resultará del ho-

rizonte bajo análisis. En el muy largo plazo (siglos) y en el largo plazo (décadas), predominan los procesos. En el mediano plazo (lustros y años), participan ambos en diferentes dosis según la coyuntura, y en plazos cortos (meses) e instantáneos (días), imperan las decisiones.

No es casual, dado el subjetivismo reinante que, en materia de política económica, tanto en la fase analítica como en las recomendaciones, realizado por la academia y por la política, predomine, junto al “economicismo” el “cortoplacismo”. Intentar una visión un “poquito” más allá, obligaría a introducir los procesos. Aquello que justamente, intentan eludir, pues pondrían en tela de juicio sus propias propuestas.

Uno de los efectos más negativos de estos criterios subjetivistas, al ser aplicados a la política, resulta de concebir la sociedad como una plastilina moldeable a voluntad. Y los programas políticos, sobre todo en su capítulo “más importante”, el referido a política económica, queda reflejado dado el predominio del economicismo.

A partir de “ganar” elecciones y controlar el gobierno de un determinado país, resulta posible modificar su realidad “por decreto” y orientarla hacia cualquier modelo de sociedad imaginable. Incluidos modelos “socialistas” o “anarco-capitalistas”.

Esto supone un efecto pleno sobre los objetivos de los instrumentos propuestos de política económica. “Nada ni nadie” podría limitarlos. Ergo, los procesos, y las limitaciones y restricciones derivados de ellas, no existen ni pueden llegar a existir.

2.2.4.1.- El análisis objetivo de las decisiones

Si las decisiones y no los procesos es el elemento central de la coyuntura, se supone que desde el poder del estado resulta posible modificar los procesos del capitalismo mediante regulaciones y generar efectos tales como la despolarización en la distribución del ingreso, el aislamiento de las economías nacionales de la economía mundial (desglobalización), etc.

Y cuando el fracaso ya resulta notorio, actúa como un boomerang generando el criterio inverso: el crecimiento y la distribución progresiva del ingreso solo es posible a partir de destruir la capacidad de intervención del estado en la economía.

Pero aquel intervencionismo de posguerra nunca fue producto de mentalidades atacadas por un brote sicótico de estatismo, tal como el neoliberalismo y el anarco-capitalismo pretenden hacernos creer. Fue el resultado de un proceso *obligando a realizarlo* a fin de salvar las condiciones básicas de funcionamiento de un sistema capitalista socavado por crisis y guerras mundiales del periodo 1914-1945.

Y el versus de esto, la desregulación, también posible de realizar desde el estado (Milei: “soy el topo del estado”). Y en ambos casos, la misma fuente de error, producto del pensamiento subjetivo derivado del sistema cultural con secuelas de simplificación y voluntarismo. Hasta ayer en modo pasivo, y hoy, en modo activo, frenético y compulsivo.

Esas condiciones culturales y sus secuelas suponen en materia social, no existen ni pueden llegar a existir procesos autónomos independientes de la voluntad y conciencia humana (simplificación). Solo existen decisiones “buenas”, o “malas” a la cual se le aplica el marbete de la ideología de moda en cada coyuntura (voluntarismo).

2.2.4.2.- El análisis objetivo de los procesos

Por el contrario, partiendo de la hipótesis de la existencia de procesos con una definida orientación, y expresada en la evolución de los sistemas socio-económicos, debo bucear en ellos a fin de asumir las posibilidades y limitaciones de las decisiones sobre los objetivos e instrumentos.

Pero la hipótesis de la existencia de procesos va mucho más allá. Permite conocer hacia donde se orientan las transformaciones autónomas de la sociedad. Y esto resulta de importancia crucial pues satisface inquietudes científicas y políticas.

Inquietudes científicas porque no dirá hacia donde se orientan las transformaciones. Inquietudes políticas porque definirá las acciones concretas a realizar para apoyar algunos de esos procesos y bloquear o quebrar otros, bajo el criterio de favorecer aquello reputado ideológicamente, como un progreso de la sociedad.

En esos procesos vienen entremezcladas tendencias progresivas y regresivas. Allí sí debe actuar la ideología, una cosmovisión de la historia de la humanidad a fin de permitirnos diferenciar entre los procesos considerados un avance, de los que significan un retroceso de la humanidad.

Allí estuvieron siempre presentes los choques por criterios religiosos (monoteísmo vs politeísmo); criterios institucionales (sociedades libres vs regimentadas) ; criterios sociales (estado mínimo vs estado de bienestar); ideologías (científicas vs religiosas); criterios de política exterior (colaboración vs competencia internacional; inserción internacional (cierre vs apertura de la economía), y así hasta el infinito.

La ideología nos permite actuar de manera diferencial sobre ellos. Promoviendo los considerados positivos en la evolución civilizatoria, y bloqueando o destruyendo los considerados negativos. Son decisiones políticas e ideológicas, pero aplicadas a procesos de existencia real y no a esquemas surgidos de nuestra febril imaginación, o de paquetes “llave en mano”.

De allí la importancia de estar alerta respecto a las trampas creadas por el contexto cultural y dispuestos a realizar un esfuerzo para superarla. Esa alerta nos advierte del engaño surgido de la prevalencia de lo emocional, es decir, de aplicar la mera intuición a la acción política. Y posible de superar, estando advertidos de esas trampas e intentando aplicar el método científico al conocimiento de la sociedad.

Córdoba, Marzo de 2026

Lic. Daniel Wolovick